

hace todo y el que lo cambia todo. *Abrid las puertas, y entre la nacion justa que guarda la verdad* (1). La ciencia no habia entrado; la potestad no habia entrado; Ninive, Babilonia, Alejandria, los Romanos no habian entrado; pero el Hijo del hombre, sentado sobre el hijo de la asna, entrará, ha entrado, y entrado para no salir jamás.

¿ Me preguntaréis aun porqué? ¿ y habré de decirlo bajo otra forma? Es porque la verdad da valor para subir las montañas, para habitar los desiertos y acostumbrarse al sol. Parte un misionero, sabiendo que no vivirá mas que diez años; ¿ qué le importa? La verdad que anuncia es eterna, la eternidad le volverá los dias que ha perdido. A vosotros, hombres que solo trabajais para vosotros, nadie os volverá los vuestros, nadie mas que vosotros mismos será vuestra recompensa. Pero Dios se acuerda de un vaso de agua que se dé en su nombre; el apóstol lo sabe, y abandona su patria, su familia, se abandona á sí mismo para llevar á los confines del mundo el vaso de agua de la verdad, y este vaso de agua protegido por Dios, que es quien le envía, y por la caridad que lo lleva, este vaso de agua triunfa del espacio donde han perecido todos los conquistadores. Sigamos sus destinos, y despues de haberle visto en lucha con la naturaleza, veámosle en lucha con la carne y la sangre.

Lo mismo que respecto del espacio, tiene la humanidad recursos infinitos contra la expansion de la universalidad. El primero es su division por razas. Porque aunque salga el género humano de su tronco único y primordial, y que circule la misma sangre en sus venas, no obstante hay una facilidad extrema y casi inexplicable en sacar de esta unidad primitiva generaciones distintas por su fisonomia, sus aptitudes,

(1) Isaias, cap. 26, vers. 2.

sus gustos, sus costumbres y su historia. Si estos caracteres distintivos fuesen variables, intransmisibles, no habria razas; la raza impone á la vez una variacion en la especie y la perpetuidad de esta variacion; es decir, el concurso de una fuerza móvil para producir la diversidad, y de una fuerza inmutable para mantenerla. Por difícil que sea comprender este fenómeno, y aunque los sabios hayan preferido dudar del origen comun del género humano, nos toca no obstante tan de cerca y por tantos lados, que lo vemos en todos momentos en las familias, en las provincias y en las naciones. Cualquiera que haya viajado reconocera á la primera mirada á un inglés, á un español, á un italiano, á un alemán, no obstante que sean pueblos tan vecinos unos de otros, y que se hallen ligados hace mas de mil años por la religion, la paz, la guerra, el comercio, las letras, las artes, y casi por un mismo cielo: tan moderadas son las diferencias del clima. En Francia mismo, bajo el imperio de una unidad social que ha tenido sin duda su gradacion, pero que siempre ha existido mas ó menos, es discernible a la vista del observador el tipo de las provincias de la monarquía; jamás confundirá al Francés del Norte con el Francés del Mediodia, al Breton con el Aquitano, al Borgoñon con el Auvernés. Si tal es la fuerza de la raza en comarcas limitrofes, á pesar de tantas causas como deberian aniquilarla, ¿ qué será respecto del Griego y del Hindou, del Caribe y del Chino? Tres grandes razas primitivas, la de Sem, la de Cham y la de Jafet, han dividido el género humano en tres ramas marcadas con un enérgico carácter de diversidad, y en estas mismas ramas se ha multiplicado la diversidad hasta lo infinito con una inmovilidad y una perseverancia iguales una á otra, y que hacen del mundo moral lo que la distancia, la configuracion y el clima han hecho del mundo físico, un teatro rebelde